

Solemnidad de Pentecostés

“Espíritu Santo, ven a darnos tu vida y tu paz”

La Iglesia fundada por Cristo para que prolongue a través de los siglos su obra de salvación, está animada por su mismo Espíritu. En efecto, corroborada por el Espíritu, la Iglesia emprendió el día de Pentecostés su misión evangelizadora. El Concilio nos enseña que fue en Pentecostés cuando empezaron los “Hechos de los Apóstoles” (AG 4).

La Iglesia vive, crece y obra en el mundo bajo el influjo y guía del Espíritu Santo, al que Cristo envió de parte del Padre para que llevara a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma. Todo lo que la Iglesia ha realizado en estos milenios ha sido por obra del Espíritu Santo que nunca ha cesado de asistirle e infundirle el necesario vigor para el cumplimiento de su misión.

Sin embargo el Espíritu Santo no lleva a la Iglesia por un camino fácil, exento de dificultades y de luchas, sino que más bien la sostiene para que avance a través de éstas con constancia y serenidad y alegre de sufrir por Cristo. De esto daban testimonio los primeros Apóstoles que se gozaban “porque habían sido dignos de padecer ultrajes en nombre de Jesús” (Hech. 5,41). San Pablo, camino a Jerusalén, decía: “ahora encadenado por el Espíritu voy a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá, sino que en todas las ciudades el Espíritu me advierte, diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones (Hech. 20, 22-23). Los apóstoles tenían conciencia de arriesgar la vida, pero no retrocedían con tal “de anunciar el evangelio de la gracia de Dios” (Ib. 24)

La fuerza de la Iglesia actual, como lo fue para la primitiva Iglesia, está en dejarse guiar por el Espíritu Santo, sacando de Él el aliento para dar testimonio de Cristo y difundir el Evangelio, no obstante las contradicciones y las persecuciones que pueda sufrir. También en este caso debe cumplirse la Palabra de Jesús: “cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio” (Jn.15, 26)

El testimonio que Jesús pide a su Iglesia es justamente testimonio de fe y de amor. En su oración sacerdotal Jesús pide al Padre por los suyos: “conságralos en la verdad” (Jn. 17,17). Es decir que se consagren a la difusión del Evangelio, que estén dispuestos a dar su vida y sacrificarla por Él. Al mismo tiempo y en la misma oración añadió: “sean perfectos en la unidad para que el mundo conozca que Tú me enviaste”. El amor mutuo de los discípulos y la perfecta unión que de Él se deriva, dará testimonio al mundo que el Hijo de Dios se ha hecho hombre y ha venido para traer el amor divino a los hombres. Así los discípulos darán testimonio de la veracidad y del valor del cristianismo.

El Espíritu Santo, que es Espíritu de verdad y de amor, va amalgamando a la Iglesia para hacerla perfecta en la unidad “para que el mundo crea”. El Espíritu Santo -si los hombres no ponen obstáculos a su acción- promueve siempre la unidad de los corazones y de las mentes, despierta el verdadero sentido de fraternidad y continuamente produce y urge la caridad entre los hombres. La acción del Espíritu Santo es por demás poderosa y eficaz. Pero sin embargo, al ser Espíritu de amor, no quiere violentar la libertad humana, sino que espera a que el hombre acepte libremente sus impulsos y le entregue por amor la propia voluntad. Cuando el Espíritu encuentra resistencia en el hombre, retira de él sus gracias y lo deja en la mediocridad. Por eso San Pablo exhorta a vivir no “según la carne” que llevan al hombre a afirmar su propia independencia con respecto a Dios, sino a vivir “según el Espíritu” (Rom. 8,4), porque “el apetito de la carne es muerte, pero el del Espíritu es vida y paz” (Rom. 8, 6). Esta es la paz y la vida de los hijos de Dios: dejarse guiar por el Espíritu Santo. Es además la lógica de quien desea vivir su propio bautismo: si vivimos del Espíritu, andamos siempre según el Espíritu cuyos frutos son la alegría, la paz, la fraternidad, el cuidado de uno mismo y del prójimo, la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Este es el mundo nuevo y mejor que desea el Espíritu para todos los hombres de buena voluntad.

+ Marcelo Raúl Martorell
Obispo de Puerto Iguazú